

# LA MIRADA ESQUINADA: DOBLE(S) SENTIDO(S)

*Lecturas y reflexiones sobre el cine y el mundo.*

Francisco Javier Gómez Tarín  
Agustín Rubio Alcover \*

## ¿UNA DEMOCRACIA NÓRDICA?

Las circunstancias (o, para ser precisos, Mariano Rajoy) han querido que el cambio de año coincidiera con el inicio de una nueva legislatura; pero el resultado que han arrojado las elecciones generales se antoja tan incierto que, en las primeras semanas de enero, seguimos sin saber no ya quién va a gobernar, sino siquiera si va a haber investidura, o vamos a tener que acudir de nuevo a las urnas. Dada la espectacular mengua de votos que ha sufrido el PP, la victoria no solo le ha sabido amarga: es que es probable que no llegue a servirle, y si ocurre tal cosa será a un precio altísimo (la cabeza del presidente y una debilidad permanente). No han quedado mejor el PSOE de Pedro Sánchez, en plena crisis interna de liderazgo... y de programa, ni Ciudadanos, que aspiraba a un porcentaje superior y, sobre todo, a muchos más diputados. De nuevo, como sucedió en el debate a cuatro, el único que ha salido bien librado ha sido Podemos, aunque sea por comparación con sus maltrechos contendientes, y siempre y cuando no se compare el número de escaños que les ha correspondido con la meta que el propio partido se había fijado. Otro asunto, y no menor, es el desajuste entre votos y escaños que propicia la ley electoral vigente, hecha a medida del bipartidismo, que nos da ese escaso número de diputados para Ciudadanos con tres millones y medio de sufragios nada menos, y de Podemos, que se ha quedado a más de veinte representantes del PSOE cuando en papeletas solamente les han separado trescientos mil. No digamos ya nada, por lo duro de aceptar, del caso de Izquierda Unida, formación a la que cada diputado le cuesta más de cuatrocientos mil.

Ahora es el momento de los pactos o, al menos, de las conversaciones. Nosotros no queremos entrar a especular, por varios motivos: uno, porque el tiempo juega en nuestra contra, y para cuando estas líneas vean la luz ya se habrán aclarado algunas incógnitas; y dos, porque resulta en sí un ejercicio vano, y lo que tenga que ser será con independencia de lo que hayamos podido elucubrar. En todo caso, nos felicitamos por el hecho de que no haya mayorías absolutas, y apostamos por que las distintas formaciones se esfuercen por llegar a un acuerdo sólido y duradero sin renunciar a sus diferencias y a la distancia crítica, de manera que quien permita el gobierno de turno (tanto si se pronuncia de manera favorable como si se abstiene) desempeñe lealmente un servicio de apoyo y vigilancia. ¿Utópico? Muy probablemente, pero habríamos hecho un pan con unas tortas si, una vez superado el bipartidismo agudo, cada cual se enrocara en sus posiciones y el país se volviera ingobernable (cosa que, nos tememos, podría suceder). Esperemos que el espejo de las democracias nórdicas en el que muchos políticos afirman recurrentemente que deberíamos mirarnos no consista en asumir la mentalidad IKEA (“Bienvenido a la república independiente de tu casa”), porque ello supondría ni más ni menos que la italianización de la política española.

Y, a la vista del precedente de Cataluña, se trataría de un temor fundado. Al cierre de la redacción acabamos de asistir al desenlace de la esperpéntica no-investidura de Artur Mas y su reemplazo por el alcalde de Gerona, Carles Puigdemont, con instantes tan sublimes como el improbable empate a 1515 delegados de la CUP dispuestos a pactar con Junts pel Sí y otros tantos en contra, la coherente [sic] renuncia de Antonio Baños a su acta de diputado por desacuerdo con la decisión definitiva de no

apoyar al expresidente de la Generalitat (después de haber afirmado en campaña que “No votaremos nunca una investidura de Mas. Y nunca es nunca. Nunca, nunca y nunca. Así que pueden estar tranquilos. ¡Que nos voten!”), y el acuerdo *in extremis* por el cual tanto este como los antisistema se han hecho el *harakiri*. Pero, si uno se abstrae de la juerga, no puede menos que reconocer que maldita la gracia que tiene toda esta historia. Desde que empezó la ofensiva independentista (por parte de unas élites que se dedicaron conscientemente a recoger el fruto de la discordia sembrado desde hace generaciones, excitando para ello las bajas pasiones propias del ser humano, que en un contexto volátil se disparan), se ha logrado acumular otros tantos años de inacción gubernamental (justo cuando era más necesaria para atajar los problemas de la ciudadanía), la voladura de prácticamente todos los puentes emocionales y de interlocución con el resto del Estado, y la implosión del propio espectro político catalán, como un todo y en sus distintas partes. Indudablemente, digno de récord. Veremos cómo se las apañan a partir de ahora.

En otras latitudes, sigue sembrando muertos el terror yihadista, sobre todo en Oriente Medio, amenazando una y otra vez el corazón de Europa (son buenos ejemplos el último susto en París de una persona armada con un cuchillo y una falsa carga explosiva frente a una comisaría o las detenciones en Bélgica justo antes de las celebraciones de nochevieja), y enconando los enfrentamientos (el último episodio ha consistido en la ejecución de cuarenta y siete chiíes en Arabia Saudí, una dictadura teocrática a la que Occidente mayoritariamente apoya). Al otro lado del charco, en Venezuela, también crece la polarización, y un Congreso con capacidad para desautorizar a Nicolás Maduro y dictar leyes en sentido opuesto se intuye como el principio de una batalla que esperamos que se mantenga en todo momento dentro de los cauces de la no violencia.

Al menos, la navidad ha abierto la temporada de estrenos de campanillas, lo que nos ha permitido solazarnos algo –nada diremos de la estéril polémica que se ha montado a cuenta de la cabalgata de los Reyes Magos de Madrid, y que ilustra el nivel del debate político. Quizás la mejor película estrenada últimamente haya sido *Langosta* a la que nos referiremos más abajo, en los comentarios individuales. Sin embargo, también es importante reivindicar un film que ha pasado sin pena ni gloria por la cartelera, como *Life* (Anton Corbijn, 2015): cine dentro del cine con la excusa del reportaje fotográfico que consagró a James Dean. Bajo la superficie de una producción académica, Corbijn realiza una profunda y atinada reflexión acerca del inconformismo y la máscara, muy contemporánea. Como ha sucedido con el *Everest* de Balthasar Kormákur (2015), la crítica mayoritaria, por supuesto, la ha despreciado olímpicamente, a pesar de ser de lo más interesante del año en Hollywood; porque es discreto, claro. Otro tanto cabe decir del poco reconocido *Yo, él y Raquel* (*Me and Earl and the Dying Girl*, Alfonso Gomez-Rejon, 2015), donde lo que podría parecer una película de adolescentes faltos de un hervor se convierte en un fuerte híbrido de comedia y melodrama, con una llamada a la lucha por la vida exenta de sensiblería.

No exactamente redondas, pero en absoluto despreciables, nos han parecido otras dos importantes apuestas para los Oscar –a las que auguramos suerte desigual, todo sea dicho. A pesar de su media hora final, en la que la reconstrucción del paseo de Philippe Petit entre las Torres Gemelas resulta cinematográficamente muy emocionante, *El desafío* (*The Walk*, Robert Zemeckis, 2015), versión de ficción de unos acontecimientos verídicos, queda bastante por debajo del documental *Man on Wire* (James Marsh, 2008). La magnífica realización para glosar el hito histórico no se corresponde con un discurso de envidia, que brilla por los usos del tiempo, pero cae en el convencionalismo al encumbrar al héroe y narrar en todo momento al servicio del

espectáculo; con todo, la presencia de las Torres Gemelas genera una intensidad tremenda por los acontecimientos posteriores, así que se constituyen en coprotagonistas del film. En cuanto a *Steve Jobs* (Danny Boyle, 2015), se trata de un retrato en tres actos de la personalidad del fundador de Apple, con una interesante estructura, una realización inesperadamente sólida por parte de Danny Boyle y espléndidas interpretaciones por parte de todo su elenco (no solo Michael Fassbender merece elogio, también Kate Winslet, Jeff Daniels y en especial Seth Rogen). El exceso de diálogo que es marca de la casa del guionista Aaron Sorkin pesa demasiado, pero algunas escenas, como el montaje paralelo de las discusiones entre el protagonista y el CEO de la marca de la manzana, serán recordadas por su brillantez.

A medio camino se quedan varios títulos. *The Diary of a Teenage Girl* (Marielle Heller, 2015), consigue una buena reconstrucción del ambiente de los setenta e incluso de las relaciones entre los personajes, pero el límite entre la sensibilidad de una joven adolescente (sobre la que se focaliza adecuadamente, incluyendo pensamientos, imágenes oníricas y/o dibujos) y el intento fallido de fresco social, resulta insuficiente; se agradece, en cualquier caso, la ausencia de moralina. Con una trama bastante convencional, *Sha po long 2* (Pou-Soi Cheang, 2015) utiliza el azar para generar un vínculo entre los personajes positivos tailandeses y chinos (ambos del lado de la ley); la acción y el ritmo son impresionantes y la planificación una auténtica coreografía, lo que la hace digna de verse, siempre y cuando se renuncie a las altas expectativas. Y *Una paloma se posó en una rama a reflexionar sobre la existencia* (*En duva satt pâ en gren och funderade pâ tillvaron*, Roy Andersson, 2014), film contemplativo y surrealista con una veta de humor no despreciable y que huye de la construcción argumental, se deja ver, pero no nos cabe duda de que ha sido muy sobrevalorado.

La madre de todas las decepciones ha sido *Star Wars: el despertar de la Fuerza* (*Star Wars: the Force Awakens*, J.J. Abrams, 2015), por aburrida y anodinamente dirigida. La apuesta por la nostalgia no funciona, y los instantes entre un Harrison Ford lamentable y una Carrie Fisher deformada rozan, si es que no incurren, en el patetismo. Tampoco las incorporaciones acaban de convencer, a excepción de Adam Driver (el único personaje con una cierta retentividad) y Daisy Ridley (por la sola razón de su belleza). Tampoco nos acabó de convencer *Sufragistas* (*Suffragette*, Sarah Gavron, 2015), un melodrama histórico de trasfondo político con las características hechuras británicas y su proverbial falta de chispa. No cabe decir nada mejor de *Papá o mamá* (*Papa ou maman*, Martin Bourboulon, 2015), una sobre el papel típica comedia francesa cuyo único aspecto interesante consiste en lo americanizado de la puesta en escena, que por momentos no parece del país galo. Por lo demás, un producto industrial con instantes graciosos pero en conjunto insignificante. Tampoco nos convenció la elogiada *45 años* (*45 Years*, Andrew Haigh, 2015), una comedia dramática a mayor gloria de las interpretaciones, sobre todo la de Charlotte Rampling, que no pasa de la comodidad de un discurso bienintencionado sobre la vejez y el recuerdo frustrado. Y algo similar le ocurre a *Brooklyn* (John Crowley, 2015), que lanza un eficaz aunque facilón discurso sobre la búsqueda de una nueva vida por parte de una irlandesa en USA; las cuestiones sociales quedan en segundo lugar, muy difuminadas, y lo que importa es si va o no a conseguir marido.

Otros títulos nos han resultado ya francamente insufribles, como *Pesadillas* (*Goosebumps*, Rob Letterman, 2015), donde los monstruos de los cuentos cobran vida y se convierten en amenaza para una bucólica comunidad donde, ¿cómo no?, hay unos adolescentes con problemas familiares. O *If I Had Wings* (Allan Harmon, 2013), previsible película de joven ciego que se supera ayudado por otro, con un trasfondo de conflictos familiares y delincuencia: el mejor mundo para los que se suben al carro de la

conformidad. Ítem más, *El becario* (*The Intern*, Nancy Meyers, 2015), ñoña, banal, predecible... incluso mal interpretada, intenta apuntarse un tanto de falso feminismo progresista, pero esto es, si cabe, lo peor.

Hace algún tiempo que tenemos postergado el cine oriental. Hemos visto *El mundo de Kanako* (*Kawaki*, Tetsuya Nakashima, 2014), un cruce entre violencia y sangre con momentos brillantes de montaje y temporalidades cruzadas que pone de nuevo sobre el tapete la aparición de personajes (adolescentes) que encarnan la maldad en estado puro; en la senda del cine coreano, parece que Japón intenta copiar los esquemas más tremebundos, si bien el resultado es irregular y con apuntes propios del cómic. *Niebla* (*Haemoo*, Sung-bo Shim, 2014) constituye una brillante crónica de la conversión de unos pescadores en traficantes de inmigrantes con catastróficos resultados, y donde se contraponen la patología del capitán apegado a su barco y el amor de un joven con una superviviente. *Sin-ui Hansu* (*The Divine Move*, Beom-gu Cho, 2014) supone una nueva muestra del alto nivel del cine coreano de acción, merced a un argumento trepidante y enrevesado, aunque en esta ocasión toda el ritmo se supedita a ciertos tópicos demasiado manidos.

También aprovechamos las fiestas para revisar algunos títulos del pasado más o menos cercano: *Un invierno en la playa* (*Stuck in Love*, Josh Boone, 2012) relata las historias cruzadas de una familia de escritores; tiene momentos de emoción pero está más cerca del telefilm con partes lacrimógenas que del auténtico cine (la llamada de la sangre se impone a la reflexión sobre el proceso creativo). *Sorg og glaede* (*Sorrow and Joy*, Nils Malmros, 2013) tiene un brillante arranque, pero se va enredando en la reconstrucción del brote psicótico que lleva a una madre a asesinar a su hija de nueve meses, mediante confesiones personales más propias del *procedural* que de una verdadera introspección. *A Bag of Hammers* (Brian Cano, 2011) es un extraño film mediocrementemente interpretado y rodado que, sin conseguir en ningún momento encontrar una adecuada línea de progresión, destila una cierta veracidad en el tránsito de la comedia al melodrama. *Díaz: Non pulire questo sangue* (*Díaz: Dont Clean Up This Blood*, Daniele Vicari, 2012) representa un emotivo y potente relato con saltos temporales que componen un gran *puzzle*; se trata de la reconstrucción de la carga policial en el interior de la escuela Díaz, que se presentó como epicentro de grupos radicales y violentos al final del foro social europeo que se manifestó contra el G8 en Génova. La película constata la brutalidad policial y la falsificación de pruebas, al tiempo que apunta a los enfrentamientos como detonante, lo que metaforiza mediante el lanzamiento y rotura de una botella en repetidas ocasiones. *Rabat* (Victor Ponten y Jim Taihuttu, 2011) es una *road movie* algo epidérmica y desaprovechada que sigue el viaje de tres jóvenes holandeses de origen marroquí desde Holanda hasta Rabat para constatar el giro en los actos y la manera de pensar de las juventudes árabes en Occidente, así como las rémoras del pasado y la intransigencia. *Plynace wiezowce* (Tomasz Wasilewski, 2013) ilustra a través de un relato elíptico y entrecortado la complejidad de las relaciones homosexuales en la homófoba Rusia actual; vale como testimonio y como alegato. La finlandesa *Hiljaisuus* (*Silence*, Sakari Kirjavainen, 2011) parte de la original idea de que un grupo de militares, hombres y mujeres, se dedica a embalsamar los cuerpos de los fallecidos en combate y enviarlos a sus lugares de origen, pero que desaprovecha las posibilidades yéndose por las ramas de lo anecdótico y los enredos amorosos. Finalmente, *Poklosie* (Wladyslaw Pasikowski, 2012) denuncia de manera soterrada el modo en que los habitantes de un pueblo son capaces de mirar hacia otro lado durante la segunda guerra mundial; película dura y digna, aborda lo más bajo del género humano, como es la capacidad de pasar por encima de nuestros semejantes para obtener beneficios materiales.

En España, han descollado las películas de dos directores catalanes y de dos latinoamericanos afincados en Madrid. Entre los primeros, *Barcelona, nit d'hivern* (Dani de la Orden, 2015) es una *feel good movie* con agravante de Navidad donde, a pesar de ser un auténtico roscón de reyes, el realizador se da maña con la manga pastelera, mientras que *Un dia perfecte per volar* (Marc Recha, 2015) constituye una hermosa reflexión acerca del hecho de filmar con el naturalismo poético característico de su autor, que compara el estilo del propio director con la espontaneidad con que se debe contar una historia a un niño y con la flexibilidad con que se tiene que volar una cometa. Entre los segundos, encontramos excelentes valores cinematográficos y humanos en *O futbol* (Sergio Oksman y Carlos Muguiro, 2015), una visión del Brasil actual, un homenaje al padre de Sergio Oksman y una reflexión acerca del paso del tiempo bajo la apariencia de una crónica personal del Mundial de fútbol de 2014, y juzgamos interesante la un poco demasiado oscura y críptica *El apóstata* (Federico Veiroj, 2015), muy buñueliana en ese rancio anticlericalismo, que, no obstante, no deja de tener sentido, dado lo tristemente actual de lo que cuenta/denuncia apoyándose en un sutil uso del sonido. Por debajo de nuestras altas expectativas se quedó *La novia* (Paula Ortiz, 2015), una cinta de un esteticismo, un simbolismo y un racialismo que dan dentera y, además, resultan sumamente ambiguos en el plano ideológico. Por muy bien producida, rodada e interpretada que esté, a nuestro modesto entender le sobran ínfulas, tópicos y falos y le falta sentido del humor.

En esta entrega, vamos a ocuparnos de dos títulos de signo bien dispar: la superproducción a la española de Atresmedia Cine *Palmeras en la nieve* (Fernando González Molina, 2015), por un lado, y la coproducción multilateral (entre Grecia, Irlanda, Gran Bretaña, los Países Bajos y Francia) *Langosta* (*The Lobster*, Yorgos Lanthimos, 2015), por el otro.

## COSTURAS DE ÁFRICA: PALMERAS EN LA NIEVE

Agustín Rubio Alcover

Uno se acerca a *Palmeras en la nieve* con la mejor disposición de que es capaz, a sabiendas de que en todo caso se va a encontrar con un cruce entre *Memorias de África* (*Out of Africa*, Sydney Pollack, 1985) y la teleserie de once episodios *El tiempo entre costuras* (2013), que adaptó con éxito otro *best seller* patrio (de María Dueñas) de similar ambientación y editado en el mismo sello, Temas de Hoy. No creo en el pecado original, así que carezco de prejuicios contra ningún tipo de película: considero que, según cómo esté elaborada, cada una en concreto transmitirá ideas, emocionará, conseguirá ambas cosas o no hará ninguna de las dos. Necesito ver para juzgar –soy *santotomasista*, si se me permite la expresión–, y, de entrada, la confluencia de algunos de los mejores talentos de nuestra industria (los productores Adrián Guerra, de Nostromo Pictures, y Mercedes Gamero, de Atresmedia Cine; el director de producción Toni Novella; el director de fotografía Xavi Giménez; el compositor Lucas Vidal...) me llama la atención.

También el guión de Sergio G. Sánchez (autor de las temibles *El orfanato*, 2007, y *Lo imposible*, 2012, ambas de Juan Antonio Bayona) posee una estructura interesante (propia del novelón homónimo, firmado por Luz Gabás, de donde procede). El punto de partida consiste en la pesquisa que inicia Clarence (Adriana Ugarte) a raíz de la muerte de su padre, Jacobo (Alain Hernández) en el pasado de la familia Rabaltué en la isla de Fernando Poo (actual Bioko, en Guinea Ecuatorial, antes Guinea Española); y continúa

con *flashbacks* justificados, primero, por la lectura por parte de Clarence de una especie de carta-diario en que su tío Kilian (Mario Casas), ahora aquejado de alzheimer y recluido en la casa familiar situada en una aldea de las montañas de Huesca, relata sus experiencias como empleado de la finca de cacao Sampaka, y luego, al hilo del viaje de la reciente huérfana al país natal de sus antepasados y el encuentro con la examante nativa de Kilian, Sibila (Berta Vázquez), por la reconstrucción de ese testimonio oral.

Desgraciadamente, una primera hora bastante consistente (a pesar de que el espectador no pierde en ningún momento la conciencia de presenciar una retahíla de tópicos del género del melodrama colonial, recesos de música y baile tribales incluidos) deja paso a un folletín más bien tremebundo, de duración a todas luces desmesurada (dos horas y tres cuartos) y pródiga en instantes sonrojantes. Todo en *Palmeras en la nieve* es formulaico y, por tanto, relativo: con sus diez millones de euros de coste, la producción palidece en la inevitable comparación con el molde en el que se inspira; la puesta en escena de anuncio de perfume arruina los momentos que se pretenden más emotivos (un polvo a orillas del Atlántico, una boda indígena, una canción del pasado); y la sublimidad pretendida jamás es tal, sino un simulacro amanerado, cuasiparódico y, sobre todo, extremadamente cursi. El conjunto adolece asimismo de superficialidad: en esas casi tres horas de metraje, ni un solo instante profundiza en el conflicto con los indígenas –al menos, no es el concepto de complejidad que yo tengo el mostrar a negros independentistas y a blancos con sentimientos de propiedad y arraigo expresarse de palabra al tiempo que se enfrentan físicamente.

Y es lástima, porque algunos actores están a la altura, muy por encima de sus personajes (Emilio Gutiérrez Caba, siempre sólido; la verdadera revelación de la cinta, Berta Vázquez; Alain Hernández, que sale con bien pese a cargar con un horrible pelucón; Daniel Grao, más secundario y más correcto que nunca); pero otros se limitan a reproducir tal cual lo que ya han demostrado sobradamente (Adriana Ugarte, Macarena García, Celso Bugallo, Fernando Cayo); alguno dilapida el crédito interpretativo que tanto le había costado ganar (¡ay, cómo añoré al Mario Casas de *Grupo 7*, Alberto Rodríguez, 2012, y de *La mula*, anónimo, 2013! *Palmeras en la nieve* parece urdida para solaz de sus detractores) o no tiene ocasión de ganarlo (Laia Costa); e incluso un intérprete tan solvente como Luis Callejo tiene que pechar con un *momento Torrente* en verdad desopilante.

Fernando González Molina (que había demostrado mejor mano en *Fuga de cerebros*, 2009, *Tres metros sobre el cielo*, 2010, y *Tengo ganas de ti*, 2012, quizás porque mimetizar la comedia universitaria y el romance adolescente resulta más sencillo) rueda con brío alguna escena de acción, como la de la estampida y ametrallamiento de los españoles que tratan de repatriarse a la desesperada en el muelle tras la declaración de independencia. Mas el mérito resulta insuficiente para redimir el resto, y, sobre todo, llega demasiado tarde, cuando la batalla del tedio ya se ha resuelto. Para mal y por goleada.

## CARNAVAL APOCALÍPTICO: *LANGOSTA*

Francisco Javier Gómez Tarín

*Langosta*, coherente con la trayectoria de Lanthimos, es una muy buena alegoría acerca del devenir de las sociedades occidentales contemporáneas, que puede recordar por momentos al Godard anarcoapocalíptico de *Week-End*; se trata de una parábola social que se expresa en clave de ficción casi surrealista a partir de un mundo en el que

la norma impide que las personas no estén emparejadas. El emparejamiento – recordemos que es obligatorio– solamente sucederá cuando se encuentren afinidades; la ausencia de emparejamiento lleva a la soledad (ilegal y que se convierte en trofeo de caza) o a la conversión en un animal elegido. La esencia del film estriba, pues, en el cuestionamiento de la norma y de ahí su valor metafórico: la exigencia de norma consigue que lo que se entiende por valor sea reformulado a través de una falsedad, de una apariencia, o, si se prefiere, de una máscara.

Lanthimos reincide en un planteamiento filmico y argumental que ya pudimos disfrutar en *Canino* (2009) y en *Alps* (2011), esta vez con mayor virulencia, si cabe. Llevar al aspecto sexual del emparejamiento el nivel metafórico es un acierto múltiple porque la familia es, como tanto se ha reivindicado, una célula social y, lo que es más importante, un ente reproductor de la ideología dominante. En este caso, podemos hablar de la pareja como el ente que permite el mantenimiento del *statu quo*, ya que quien no consiga alcanzar ese nivel, queda desterrado y/o marginado, e incluso es cazado y eliminado. Por tanto, la constitución del núcleo obedece a una ley y esa ley no es cuestionable (la ley del padre, en términos psicoanalíticos).

En tal mundo de ficción, la unión tiene lugar entre iguales (preferencias artísticas, gustos, deficiencias físicas, etc.) y la sujeción a la norma se traspasa incluso a aquellos que escapan y viven en soledad (estos no podrán emparejarse ni mantener relaciones sexuales). Así pues, tanto el nivel correspondiente al *statu quo* como el nivel correspondiente a la *revolución* (los no adaptados) se someten voluntariamente a una ley impuesta y no elegida pero que se considera natural (¿divina?). Esto equilibra la constitución de los grupos sociales antagónicos, pues ni en uno ni en otro caso se cuestiona la Ley.

Visto así, la lectura alegórica es bastante evidente y, lo que es más, muy aplicable a la situación actual del mundo y de nuestro propio país: una norma determina las convenciones sociales y les concede el nivel ético que hace que consideremos como moral aquello que se ha dictado por un ente externo no elegido. Como es necesario proceder a ese emparejamiento, los individuos cambian y maquillan su propio modo de entender el mundo y su relación con los demás; es decir, mienten y falsean, proclamando un estatuto falso de su ser (como se ve, muy aplicable a lo que está ocurriendo con los partidos políticos y los pactos). Como consecuencia de ello, las parejas resultantes lo son en función de una falacia y, por lo tanto, no cumplen en realidad la ley, solamente la camuflan. La salida, lógica, es blindarse ante los grupos (tanto normativos como antinormativos) para que el amor real (la pareja verdadera) aparezca, pero esto conlleva la superación del mundo real a través de la ceguera.

Leído en clave política: nos gobierna una Ley cuya aplicación obliga a la falsedad; los grupos políticos cambian en función de su parcela de poder, para conservarla y no por el bien colectivo, que sería el concepto moral. Ergo, la Ley es intrínsecamente falsa y la moral y ética sociales están pervertidas.

\* Francisco Javier Gómez Tarín y Agustín Rubio Alcover son profesores de Comunicación Audiovisual en el Departamento de Ciencias de la Comunicación de la Universitat Jaume I de Castellón.